

Tres modelos para la reconstrucción posmoderna del héroe medieval: la figura de Rodrigo Díaz de Vivar en tres novelas históricas españolas del siglo XXI¹

RAQUEL CRESPO-VILA
Universidad de Salamanca



Resumen: Dado el apogeo de la ficción histórica y la evidente inclinación de los autores españoles hacia el periodo medieval, este trabajo analiza tres novelas españolas que, publicadas a comienzos del siglo xxi, recurren a la figura de Rodrigo Díaz de Vivar como motivo argumental. El objetivo es, por tanto, examinar las diferentes estrategias narrativas utilizadas en cada una de ellas para reconstruir la figura de este personaje histórico, poniéndolas en relación con los patrones discursivos más característicos de la novela histórica posmoderna.

Palabras clave: Rodrigo Díaz de Vivar, José Luis Corral Lafuente, Magdalena Lasala, José Luis Olaizola, novela histórica posmoderna.

LA HISTORIA EN LA NOVELA HISTÓRICA POSMODERNA: EL CASO ESPAÑOL



El gusto por la historia parece ser un elemento compartido entre la literatura decimonónica y la literatura de finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Prueba de ello es el caso de nuestro país, cuyo mercado editorial revela que la ficción histórica se ha convertido en el género favorito de

¹ Este estudio forma parte de mi proyecto de Tesis Doctoral, financiado por la Universidad de Salamanca y el Banco Santander S.A., a través de una beca de investigación predoctoral cuya resolución se publicaba el día 15 de diciembre de 2014.

los lectores y en una garantía de éxito para los escritores². No obstante, esta novela histórica contemporánea se aleja, en algunos aspectos, de la novela decimonónica y propone un modelo genérico apartado de los pilares de la tradición (Fernández Prieto, 1998: 153); esto es, del mismo modo que la novela histórica decimonónica respondió a los preceptos más importantes de la literatura del siglo xx – tanto en lo que al romanticismo como en lo que al realismo se refiere –, la ficción histórica contemporánea se adapta ahora a determinadas estrategias discursivas propias de la posmodernidad.

Desplazado el modelo positivista de la modernidad e instaurada la episteme posmoderna, marcada esta por la subjetividad y el relativismo social (López Arellano, 2000: 31), comienza a cuestionarse la posibilidad de conocer el pasado de manera objetiva y, consecuentemente, la suficiencia de la historia como ciencia para la reconstrucción de los hechos pretéritos (Pulgarcín, 1995: 16). Bajo la óptica posmoderna, los enunciados proferidos por la historia no pueden concebirse, en ningún caso, como una realidad única e imparcial; ya que no debe pasar inadvertido que

La «creación» histórica surge de un proceso complejo, sometido a un gran número de azares y de influencias. En pocas ocasiones es libre; al contrario, generalmente está marcada por el «clima» político y social, por las curiosidades y las preocupaciones de cada época, o, a veces se manifiesta exageradamente voluntarista al servicio de una ideología, de una causa apoyada con el entusiasmo neófito, o incluso, de la «picardía» de los seductores profesionales del pensamiento (Heers, 1995: 281).

La posmodernidad ha venido, entonces, a evidenciar que la historia –entendida esta como discurso– no deja de ser un constructo humano, un artificio, un producto social convenido, generalmente, por las clases dominantes. Es por ello que algunos de sus pensadores llegan a concebir los textos históricos tal que una suerte de artefactos literarios, determinados por la subjetividad de sus autores y por las condiciones ambientales en las que han sido producidos; los textos históricos son, en palabras de Hayden White (2003: 109), «ficciones verbales cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados* y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las ciencias».

² Para corroborarlo, remito al trabajo de Santos Sanz Villanueva (2006).



Por ello, la literatura — es decir, la propia ficción — se ha convertido en una herramienta sumamente adecuada para llevar a cabo un proyecto revisionista, no de la historia en sí misma, sino de sus formulaciones. En paralelo a lo que ocurre en el propio seno de la historiografía — que, tras el impacto de giro cultural provocado por la posmodernidad, se replantea los métodos y las categorías más asentadas en la disciplina (Aurell, 2006: 810-811) —, la ficción histórica contemporánea refleja los interrogantes articulados por la posmodernidad en torno a los enunciados de la historia y a su insuficiencia; revisita el pasado, no con aquella nostalgia congénita de los artistas románticos o con el detallismo enfermizo del realismo, sino con la intención de evidenciar el carácter artificioso de sus representaciones, de interrogarla, evitando, incluso a través de la ironía, la aceptación de cualquier afirmación categórica.

Con más cuidado hay que dirigir estas consideraciones hacia nuestro país, pues la ficción histórica española contemporánea presenta ciertas particularidades. Es indudable que la historia ha inundado las páginas de la nueva narrativa española, para convertirse, incluso, en la marca editorial de muchos escritores; sin embargo, el modelo genérico español ha sido mucho más conservador — al igual que la historiografía española (Aurell, 2006: 814)³ — y ha permanecido, en términos generales, fiel a la tradición decimonónica. Pese a la reverberación ocasional de «interesantes aportaciones imaginativas y originales», no parece posible hablar de la aparición de una línea común renovadora del género histórico y, mucho menos, defender la emergencia de una «nueva novela histórica» — como hizo Seymour Menton en 1993 en relación al particular latinoamericano — en la esfera de la narrativa española (Huertas Morales, 2012b: 121-123).

Sí es posible, no obstante, ponderar aquellos casos aislados que comportan algún aspecto novedoso respecto al molde tradicional e identificar una serie de correspondencias entre ellos y lo que Linda Hutcheon (1988) designó como «metaficción historiográfica posmoderna»; a saber: una ficción que se autoevalúa, que utiliza la historia como eje argumental para vehicular, a la

³ A este respecto, Jaume Aurell expone: «El debate sobre el postmodernismo y sus repercusiones historiográficas ha tenido una incidencia muy minoritaria en los ambientes académicos españoles. Muchos académicos españoles muestran recelo hacia la invasión de las ideas postmodernas en el ámbito del medievalismo (...), porque cuando son llevadas a sus últimas consecuencias generan un relativismo nada aconsejable para la labor científica» (Aurell, 2006: 814).

vez, un ejercicio metadiscursivo que, de manera intencionada, refleja el cuestionamiento de la validez de sus propias disertaciones.

Igualmente, cabe destacar que existe, dentro de esta tendencia sistemática hacia el pasado histórico en la última narrativa española, cierta predilección hacia los siglos medios. Tal y como puso de manifiesto Antonio Huertas Morales (2012b), la Edad Media —junto a episodios relacionados con la Guerra Civil y la dictadura franquista— se ha erigido en uno de los segmentos favoritos para la utilización literaria de la historia y ofrece a los novelistas un sinfín de posibilidades ficcionales. El medieval se ha transformado en un motivo argumental altamente productivo y, por ello, articula la trama de buen número de relatos de reciente publicación⁴. Tanto es así que,

Más que de una eclosión de la novela histórica se debe hablar, por tanto, de una eclosión de la Edad Media en la narrativa, aunque no sea estrictamente de corte histórico, y más que de un boom debería hablarse de varios booms, que presentan el medieval [*sic*] como epicentro (Huertas Morales, 2012b: 411).

Esta impronta *medievalizante* de nuestra narrativa podría ser justificada, en parte, mediante determinadas consideraciones surgidas en relación a la propia historiografía medieval. Bien por los diferentes tratamientos que este periodo ha recibido a lo largo del tiempo, bien porque, como defiende José Luis Corral Lafuente, la medieval es una «historia en migajas», «compartimentada, fragmentada» (Corral, 2005: 126) y llena de lagunas documentales, la Edad Media —especie de entelequia— se presenta en el imaginario colectivo como un tópico, lleno de maniqueísmos y contradicciones, que «no puede, en ningún caso, concebirse como una realidad» (Heers, 1995: 38). Y es aquí donde reside el poder de seducción de los siglos medios para la narrativa histórica contemporánea, pues, teniendo en cuenta esta caracterización, el medieval resulta ser un segmento sumamente atractivo y pertinente para la «metaficción historiográfica» y para el desarrollo de sus tesis acerca de la artificiosidad de la historia.

⁴ En su tesis doctoral, Antonio Huertas Morales (2012b) realiza un exhaustivo rastreo de la producción narrativa española desde 1990 hasta 2012 con el objetivo de aportar un catálogo detallado de las obras que, de un modo u otro, deban su argumento, o parte de él, al periodo medieval. La nómina de títulos resultante excede las quinientas treinta entradas, confirmando la hipótesis inicial de su investigación.



Dicho esto, no resultará extraño, entonces, que personajes notables de los siglos medios castellanos hayan resucitado y, desde los años 90 hasta la actualidad, hayan desfilado de manera incesante por las páginas de nuestra ficción. Tal es el caso del protagonista de estas líneas: Rodrigo Díaz de Vivar; un nombre que, pese a la distancia de los siglos, permanece vivo en el ideario mitológico de los españoles y ha estado muy presente en la narrativa española de los últimos cincuenta años (Huertas Morales 2012a: 193)⁵. Así lo demuestran los escritores que han rescatado la figura y la historia del Cid Campeador para dar vida a sus novelas. Sirvan como ejemplo las obras elegidas para este estudio: *El Cid* (Edhasa, 2000)⁶, publicada por José Luis Corral Lafuente; *Doña Jimena* (Temas de Hoy, 2006), de Magdalena Lasala; y *El caballero del Cid* (Planeta, 2000), firmada por José Luis Olaizola; tres obras que me ayudarán a realizar un breve análisis comparativo acerca de los diferentes caminos que toma la narrativa histórica actual a la hora de reconstruir la historia de nuestro más renombrado caballero medieval.

TRES MODELOS PARA LA RECONSTRUCCIÓN POSMODERNA DE LA HISTORIA CIDIANA

En términos generales, estas tres novelas comparten un mismo objetivo: repasar la historia cidiana y revivir la figura del Campeador. Por ello, salvo algunos detalles que resultan confusos incluso para los historiadores —como, por ejemplo, las causas que motivan el destierro de este caballero—, los hechos y datos cronológicos que componen la biografía de Rodrigo Díaz de Vivar coinciden en las tres obras. Son novelas que configuran su trama ficcional a partir de la veracidad y el rigor histórico. Unifican, por tanto, los conocimientos historiográficos y el entretenimiento, confirmando así otro de los fenómenos más representativos de la posmodernidad: la «divulgación

⁵ Además de los títulos escogidos para este trabajo, Antonio Huertas Morales (2012a: 193) cita los siguientes: *El Cid* (1962), de Eduardo Luis Muntada; *El Cid, el último héroe* (1989), de José Luis Olaizola; *El señor de las dos religiones* (2005), de Juan José Hernández; *El caballero, la muñeca y el tesoro* (2005), de Juan Pedro Quiñero; Juglar (2006) de Rafael Marín y *Cid Campeador* (2008), de Eduardo Martínez Rico. Añade a esta lista *El enigma del Cid* (2010), escrita para el público juvenil por María José Luis, y la reescritura del *Poema de Mio Cid* de Antonio Orejudo, Luisgé Martín y Rafael Reig, ¡*Mio Cid!* (2007)

⁶ Para esta obra sigo, a lo largo de todo el trabajo, la edición de bolsillo de 2001 de Edhasa Pocket.

erudita» (Gómez Redondo, 2006: 321); es decir, la difusión masiva de obras que, con cierta facilidad, consiguen transmitir a un lector medio contenidos de naturaleza ilustrada – la versión capitalista, en resumen, del *docere et delectare* horaciano –.

Estos tres autores proponen un retrato de Rodrigo Díaz de Vivar alternativo a la tradición mítica; un retrato que, pese a estar cerca del paternalismo o de la admiración contenida en algunos casos, se aleja considerablemente de la idealización. No se trata de describir a un héroe de cartón piedra, sino a un hombre admirable y admirado; a un ser humano con virtudes y defectos, con debilidades y contradicciones; un hombre de honor, sí, pero un hombre que duda y evoluciona; una persona de carne y hueso susceptible de sentir las más bajas pasiones y padecer dolorosas enfermedades. Se trata, pues, de humanizar al héroe y remitificarlo bajo los parámetros de la cultura contemporánea, hasta casi convertirlo en un héroe para «la épica de la cotidianidad» (González Reigosa, 2001: 201). Y resulta muy interesante observar las diferentes estrategias narrativas de las que se ha valido cada autor para reconstruir la figura y la historia del Cid Campeador.

En el caso de la obra de José Luis Corral Lafuente, merece especial atención la voz narrativa elegida para el relato. Esta pertenece a Diego de Ubierna, un personaje inventado por el autor que narra en primera persona y desde el recuerdo – pues será escudero, amigo y, finalmente, caballero del Campeador – las hazañas vividas por el señor de Vivar. Cabe subrayar aquí – también para ponerlo en relación con algunas especificidades de la «metaficción historiográfica» – que se trata de un narrador intradiegetico, actante en el universo ficcional y, a la vez, relator del mismo; un narrador, por tanto, no omnisciente, incapaz de conocer los hechos en su totalidad y consciente de la falibilidad de sus rememoraciones:

Pero estas versiones de la batalla son relatos para escuchar en las frías noches de invierno, al fuego de las chimeneas de los castillos o en las plazas de las ciudades y las aldeas. Yo luche el Golpejera y las cosas sucedieron como las he contado, o al menos así es como las recuerdo (Corral Lafuente, 2001: 117).

En esta misma línea se manifestará también el personaje del Campeador, mostrando una actitud sumamente escéptica en cuanto a la univocidad y a la validez histórica de los recuerdos:

– Dos hombres que hayan presenciado la misma escena la recordarán de forma distinta tiempo después, e incluso el mismo hombre la recreará de manera bien diferente con el paso del tiempo. Los recuerdos no permanecen en la cabeza de los hombres estables como las montañas, sino que cambian conforme cambiamos nosotros mismos (Corral Lafuente, 2001: 481).

De la misma manera, el hecho de utilizar esta voz narrativa y tamizar la historia cidiana bajo la mirada de Diego de Ubierna ayudará a Corral a canalizar el proceso de remitificación pretendido. Serán precisamente los comentarios y las digresiones de este personaje los que ayuden al lector a advertir en el Cid un ser humano real: «Parecíamos hombres de leyenda, pero solo éramos hombres de carne y hueso, con la piel cosida a cicatrices y el alma partida en mil pedazos, producto de las heridas recibidas en el combate y en el corazón» (Corral Lafuente, 2001: 336); «En aquel momento Rodrigo no me pareció el gran guerrero que era, sino un niño solo y perdido, necesitado del calor del regazo de su madre» (Corral Lafuente, 2001: 96). Y serán los juicios del narrador los que hagan notar la evolución del personaje principal a lo largo del relato; una evolución que irá desde el vasallaje hasta la venganza:

Rodrigo mantenía la mirada serena y el rostro inexpresivo mientras ardía Logroño, pero sus palabras estaban bañadas en el odio acumulado tras tantos años de desprecio y menoscabo. La destrucción de la Rioja era su venganza (Corral Lafuente, 2001: 498).

A través de este mecanismo narrativo y a pesar de que el verdadero protagonista es Rodrigo Díaz, Corral nos va mostrando también cómo las decisiones del Campeador repercuten irremediabilmente en el destino de todos aquellos que lo rodean y, sobre todo, en la vida de sus caballeros. En cierto modo, el uso de esta pauta narrativa pondrá la novela de Corral –historiador de profesión– en conexión con las nuevas tendencias defendidas en el seno de la propia indagación historiográfica. Hablo aquí de la reivindicación de la «intrahistoria» o «microhistoria»; esto es, el estudio de la historia privada de sujetos anónimos y de las consecuencias que la historia pública provoca sobre personajes individuales (Fernández Prieto, 1998: 145). Así explicaba Diego de Ubierna en la novela cómo la historia cidiana condicionó también su historia personal: «Ya renuncié en una ocasión a un futuro sosegado. Fue cuando Rodrigo vino a buscarme al monasterio de Cardeña; en cuanto vi sus ojos supe que mi destino quedaba ligado para siempre al Campeador» (Corral Lafuente, 2001: 363).



La obra de Magdalena Lasala, por su parte, perpetua una estrategia discursiva propuesta ya en 1973 por Antonio Gala en la pieza teatral *Anillos para una dama*⁷ y cede el protagonismo y la palabra a la esposa del Campeador, que, como reza en la portada del libro, es la «gran desconocida en la historia del Cid». En este sentido, conviene señalar que,

Si esta tendencia literaria de volver la mirada a un pasado remoto es innegable, no lo es menos el nuevo cauce que la Historia de las Mujeres y la crítica feminista han abierto en la segunda mitad del siglo xx. Los análisis de periodos históricos bajo las perspectivas, así como la consideración de obras y personajes literarios desde la óptica feminista (marginación, trabajo, exclusión, domesticidad) han generado numerosas publicaciones, de consecuencias y ámbitos bien distintos: desde la profusión de estudios que consideran el papel de las mujeres notables de la historia, hasta la utilización en la literatura de personajes femeninos que aseguran el éxito, o las ventas, entre ese sector mayoritario de lectores que son las mujeres (Arredondo, 2006: 248).

El argumento de *Doña Jimena* recorre al completo la vida de esta dama medieval y, aunque se trata de un elemento condicionante, la historia cidiana queda relegada a un segundo plano. Las hazañas del Cid aparecen ahora situadas fuera de cámara, presentes en la trama pero alejadas de ella, y solo cobran importancia en tanto que afectan a la historia vital de doña Jimena. Lasala plantea con ello un cambio en el eje narrativo tradicional y descentra el foco de interés dramático, desplazándolo hacia los márgenes y recomponiendo el mito desde un punto de vista «otro», alternativo y tradicionalmente marginado en el discurso histórico; porque, como reivindicará la propia Jimena en la novela:

La historia de las cosas vistas desde los ojos de una hembra también debe escribirse. Las mujeres se cuentan unas a otras sus recuerdos y lo que conocen, y lo que aprenden, pero si hubieran sabido escribir, se lo habrían contado al papel, como yo estoy haciendo (Lasala, 2006: 502).

⁷ En relación a la pieza teatral escrita por Antonio Gala, M. Soledad Arredondo sostiene: «Muy probablemente a ese éxito contribuyó el tono provocador y descarado de una obra que no pretendía recrear el siglo XII (...). Y es que, efectivamente, el autor se sirve de una parte de la historia universal para desmitificarla, mediante una figura femenina, la de Doña Jimena, esposa del héroe épico y, hasta entonces, paradigma de la dama medieval. La ocurrencia de Gala resultaba sorprendente, porque su Jimena, poco se parecía al personaje literario del cantar de gesta, que a su vez debía de reflejar a la Jimena real. Si ésta apenas poseía más identidad que la de dama noble, esposa y madre, la Jimena de *Anillos para una dama* es casi su antítesis: se rebela contra su destino de noble viuda (...)» (Arredondo, 2006: 250).

Resignada y estoica – para probar de nuevo el influjo de la historia oficial sobre la historia particular e individual –, la esposa del Campeador resiste el destierro de su marido, tejiendo como Penélope los telares de su memoria: «Durante todo el invierno mantuvo doña Jimena su telar cerca de la lumbre de la chimenea» (Lasala, 2006: 338); convirtiéndose, como diría Rosalía de Castro, en la «viuda de un vivo»:

Las hembras aprendemos que nuestra vida es pequeña. Aprendemos a medir el tiempo a través del lenguaje de la tierra según el paso del sol; los cambios de estaciones, la muerte, y las fiestas nos recuerdan que esa tierra está viva, y lo celebramos; por eso las mujeres amamos las celebraciones, porque nos recuerdan que también estamos vivas..., pero, sobre todo, aprendemos a medir nuestro tiempo con las ausencias de aquellos que necesitamos tanto. Las ausencias: ellos son los verdaderos ciclos de nuestra existencia; y así aprendí yo también a aceptar la mía (Lasala, 2006:491).

A través de un relato pretendidamente femenino, donde la biología de la mujer cobra capital importancia, la autora va humanizando al héroe medieval⁸. El proceso de remitificación del héroe se materializa aquí gracias a la construcción, en paralelo, de un mito femenino. Mientras el Cid dirige a los caballeros de su hueste, también doña Jimena capitaneará su particular mesnada: «Casi al mismo tiempo que se habían marchado las tropas del rey, como si de una hueste se tratase también, pero de hembras, Jimena puso rumbo a Oviedo» (Lasala, 2006: 369). Y será ella la verdadera protagonista de la última y la más popular hazaña del Campeador; aquella vivida en Valencia tras su propia muerte:

Simularíamos que el *Cidi* estaba vivo. Me vestiría con sus ropas y su loriga, sobre su mismo caballo y con su armadura, y encabezaría un ataque siguiendo la estructura de embestida que Rodrigo solía ejecutar (...). Maldita guerra..., así había muerto mi hijo, y así había matado Rodrigo incontables veces, y así estaba matando yo, para no morir, o, al menos, para retrasar nuestra muerte. (Lasala, 2006: 545-546).

Finalmente, *El caballero del Cid*, obra de José Luis Olaizola, constituye el caso más curioso de esta redención literaria del señor de Vivar. En ella se re-

⁸ En este sentido creo que, después de haber incluido en la trama multitud de dolorosas gestaciones y haber descrito numerosos alumbramientos malogrados, no resulta gratuito que la autora haga padecer al Cid cólicos nefríticos; dolencia que, por lo común y de manera coloquial, es conocida como «el parto masculino». Véase la página 313 de la novela, donde se relata la convalecencia del Campeador.

únen algunos de los patrones narrativos más característicos de la posmodernidad. Se trata, sobre todo, de una novela cuya clasificación genérica resulta complicada; pues, entre sus páginas, anidan rasgos de la novela histórica, de la novela picaresca, de la novela de aventuras, de la novela de caballerías, de los romances medievales e, incluso, sería posible definirla como una novela de aprendizaje.

Esta obra narra la historia de Efrén, protagonista del relato y una especie de pícaro al más puro estilo del Lazarillo de Tormes que, después de servir tanto a señores cristianos como a dueños moros, acaba por formar parte de las huestes del Cid Campeador como caballero. La historia cidiana supone aquí un mero pretexto argumental para el desarrollo de la historia de este joven truhan. No obstante, no debe pasar inadvertido el hecho de que la vida de Efrén viene a recordar, en buena medida, a la de Rodrigo Díaz de Vivar; a saber: Efrén, un simple villano de desconocida ascendencia, se ve obligado, para subsistir, a servir a todo tipo de amos con independencia de la confesión religiosa de cada uno de ellos. Moro o cristiano según conviniese, y sin más ayuda que su propia astucia, el joven Efrén consigue, por méritos propios, ponerse al servicio del más importante guerrero hispánico de todos los tiempos y enamorar, ni más ni menos, a una princesa musulmana. El señor de Vivar, por su parte, era un simple infanzón que, pese a estar situado en el nivel más bajo de la jerarquía nobiliaria de León y de Castilla, contrae matrimonio con una mujer noble de ascendencia regia. Como Efrén, el Campeador se ve en la necesidad de recurrir a los infieles sarracenos para sobrevivir al desierto y, solo con la ayuda de sus grandes destrezas en el campo de batalla, acaba por erigirse en el «más famoso adalid de la cristiandad» (Olaizola, 2000: 150). Las simetrías entre un personaje y el otro resultan, en mi opinión, más que evidentes.

José Luis Olaizola imbrica la figura del Campeador en una trama de tintes picarescos donde resuena la biografía cidiana, y consigue, de esta manera, ya no remitificar, sino subvertir y parodiar el mito. La intención paródica de Olaizola se deja sentir, por ejemplo, en el modo en el que el Cid irrumpe en el relato, totalmente perdido y desorientado en su camino; o cuando se describe a un Campeador cegado por la codicia ante la posibilidad de recuperar un valioso tesoro árabe; así como en el hecho de que el novelista decida alejar al Campeador de sus quehaceres bélicos para implicarlo directamente en los



triviales romances de su joven caballero, y precipitar, al más puro estilo de la caballería andante, el feliz desenlace de la historia de amor entre Efrén y la princesa Rucayya. Consecuentemente, la novela histórica pierde aquí «su motivación primera y deriva en fórmulas folletinescas, la historia misma deja de ser significativa en la trama, y algunos personajes pasan a ser parodias de sus modelos» (Huertas Morales, 2012b: 122-123).

En resumen: intrahistoria, subjetividad y parodia; tres estrategias discursivas con las que la literatura contemporánea intenta revisar el discurso histórico, denunciar su contingencia y poner de manifiesto la relatividad con la que es posible formularlo; porque, «al cabo, la historia de los reinos y de la vida nunca llega a saberlo todo y nosotros no sabemos cómo seremos recordados por ella» – dirá doña Jimena (Lasala, 2006: 551) –; porque:

Los acontecimientos que sucedieron a continuación, sólo Dios los conoce. Desde aquellos días del cerco de Zamora hasta hoy, cuarenta años después, han sido muchos juglares, poetas y cronistas que han cantado, narrado y escrito sobre lo que allí aconteció, pero yo, que fui testigo de los actos, no he podido saber nunca lo que de verdad pasó. Así es como lo recuerdo (Corral Lafuente, 2001: 133).

RODRIGO DÍAZ DE VIVAR: ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN

Hay que subrayar que, si uno de los objetivos de estas novelas es advertir sobre la naturaleza artificial de la historia, muy cercana a la de la literatura, no existe personaje más adecuado para ello que Rodrigo Díaz de Vivar. El Cid, gracias a crónicas panegiristas como la *Historia Roderici*, o cantares laudatorios como el *Carmen Campidoctoris* o el *Poema de mio Cid*, ha sobrevivido al devenir de los siglos oscilando entre la realidad y la ficción, entre la historia y la literatura. Por ello, con relativa frecuencia y para que el lector advierta esta doble naturaleza del personaje principal de sus relatos, Corral, Lasala y Olaizola sacan a la palestra las malas prácticas de juglares, poetas y cronistas. En un guiño ficcional y con cierta ironía narrativa, estos autores llaman la atención sobre su mala costumbre de alterar y falsear la historia en función de sus intereses personales. Véase, por ejemplo, el siguiente fragmento de la obra de *El Cid*:



Juglares, trovadores y cronistas cantan por ciudades, villas, aldeas y castillos las hazañas del Cid y ensalzan su figura; algunos inventan cosas que jamás ocurrieron y otros describen al Campeador de manera muy distinta a como realmente era. Al principio me gustaba corregirlos de sus errores, pero por fin he preferido dejar que las cosas queden como la gente quiere imaginarlas (Corral Lafuente, 2001: 564).

El Cid Campeador se convierte, así, en una figura de sumo interés para la literatura contemporánea porque, muy al gusto de la ficción posmoderna, se trata de un personaje caracterizado por la indeterminación y la ambivalencia. Tal y como sostiene Francisco Javier Peña Pérez (2005), el personaje de Rodrigo Díaz de Vivar se presenta como una figura «fronteriza», situada siempre en el intersticio. En el Cid no solo se encarna esa delgada línea que divide la historia de la leyenda, sino que en él se refleja también la polaridad de un hombre de entre siglos y obligado a vivir entre dos mundos: el cristiano y el islámico; en los que parecía, además, desenvolverse con idéntica soltura. Aunque la leyenda lo haya querido erigir en el estandarte de la cristiandad hispánica y en el mayor enemigo del islamismo, la historiografía demuestra que este caballero supo defenderse con ventaja en ambos territorios: señor feudal en la sociedad cristiana y protector del zoco en tierras musulmanas, «obteniendo en cada lado el mayor provecho personal posible» (Peña Pérez, 2005: 210)⁹. Este es el mensaje último que pretenden transmitir las novelas analizadas. De ahí que José Luis Corral Lafuente muestre la fascinación del Campeador por el rey de la taifa zaragozana y no dude en referir la total admiración del Campeador hacia el rey musulmán: «– Es el único hombre al que en verdad he admirado –me confesó Rodrigo» (Corral Lafuente, 2001: 377); que doña Jimena se sorprenda, en la novela de Lasala, por la adopción de ciertas costumbres musulmanas por parte de su marido; y que Olaizola cree a un personaje como Efrén, moro y cristiano, equivalencia cidiana, y a través del que el autor hace notar, con ironía, los fluctuantes intereses del señor de Vivar.

⁹ Desde esta perspectiva, resulta cuanto menos curioso que, para identificar al adalid de la Reconquista y al modelo de la cristiandad hispánica del Medievo, se haya utilizado siempre un apelativo de origen árabe: «La denominación de *mio Cid* resulta ser (...) una forma híbrida, derivada del árabe *sayyidi*, “mi señor”, usada en la sociedad nómada de las tribus para designar al jefe que en el consejo de la familia o tribu se elige para cumplir los acuerdos, conducir a los suyos a la guerra, concertar la paz y las alianzas, etc., o sea actos paralelos a los que lleva a cabo Rodrigo en el curso del Poema en relación con su mesnada» (López Estrada, 1982: 119-120).



4. HISTORIA: MAGISTRA VITAE

Según Fernando Gómez Redondo (1990), pese a esta propensión hacia los escenarios históricos, la realidad acaba por imponerse sobre el discurso ficcional. El presente se imbrica de manera implícita en los argumentos de la novela histórica contemporánea y las intrigas literarias suelen tener algún tipo de correspondencia con problemas de la actualidad. En lo que al caso de la resurrección cidiana se refiere, cabe apuntar que, en clave medieval, las novelas examinadas presentan a un héroe de guerra, institucionalizado por la leyenda como el paladín de la cristiandad; aclamado por las numerosas batallas libradas en contra de los infieles islamistas, a los que, en realidad, no dudaba en apoyar y admirar si así le convenía. Pienso ahora en clave contemporánea y en avatares de la historia universal más reciente; pienso, ya no en individuos extraordinarios, sino en países, en los valedores de la democracia, en las diferencias entre Oriente y Occidente, en intereses políticos y económicos. Tenía razón Friedrich Heer cuando aseveraba que:

La historia es presente y el presente es historia. Todo el que se enfrente a la crisis y la catástrofe, los temores y esperanzas de nuestra época, se ocupa, lo sepa o no, de procesos cuyos comienzos y fuentes se encuentran directa o indirectamente en la Alta Edad Media (1963: 17).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARREDONDO, M. Soledad (2006), «*Chambre de dames* y mujeres medievales: Jimena, Urraca, Agnès Sorel, Juana», en *Mil seiscientos dieciséis*, Anuario de 2006, nº 12, págs. 247-260.
- AURELL, Jaume (2006), «El nuevo medievalismo y la interpretación de los textos históricos», en *Hispania. Revista española de Historia*, vol. lxxvi, nº 224, págs. 809-832.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis (2001), *El Cid*, Barcelona, Edhasa Pocket.
- (2005), «Ficción en la Historia: la narrativa sobre la Edad Media», en *Boletín hispánico helvético. Historia, teoría(s) y prácticas culturales*, nº 6, págs. 125-139.



- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia (1998), *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando (1990), «Edad Media y narrativa contemporánea. La eclosión de lo medieval en la literatura», en *Atlántida*, nº 3, págs. 28-42.
- (2006), «La narrativa de tema medieval: tipología de modelos textuales», en *Reflexiones sobre la novela histórica*, José Jurado Morales (ed.), Cádiz, Fundación Fernando Quiñones-Universidad de Cádiz, págs. 319-359.
- GONZÁLEZ REIGOSA, Carlos (2001), «La épica en la narrativa actual», en *El Cid. Historia, literatura y leyenda*, Gonzalo Santonja (coord.), Madrid, Sociedad estatal España Nuevo Milenio, págs. 197-203.
- HEER, Friedrich (1963), *El mundo medieval: Europa 1100-1350*, Madrid, Guadarrama.
- HEERS, Jacques (1995), *La invención de la Edad Media*, Barcelona, Crítica.
- HUERTAS MORALES, Antonio (2012a): «Bellido Dolfos era un hombre lobo. La irrupción de lo sobrenatural en la novela contemporánea de tema medieval: el caso del Cid Campeador», en *De lo humano y lo divino en la literatura medieval: santos, ángeles y demonios*, Juan Paredes (ed.), Granada, Universidad de Granada, págs.189-200.
- (2012b), *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de temática medieval (1990-2012)*, tesis doctoral dirigida por la Dra. M. Haro Cortés, Valencia, Universidad de Valencia.
- HUTCHEON, Linda (1988), *A poetics of postmodernism: history, theory, fiction*, Nueva York-Londres, Routledge.
- LASALA, Magdalena (2006), *Doña Jimena*, Madrid, Temas de Hoy.
- LÓPEZ ARELLANO, José (2000). “Relativismo y postmodernidad”, en *Ciencia Ergo Sum*, vol. 7, nº 1, págs. 30-48.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco (1982), *Panorama crítico sobre el Poema del Cid*, Madrid, Castalia.

- MENTON, Seymour (1993), *La nueva novela histórica de América Latina (1979-1992)*, México, FCE.
- OLAIZOLA, José Luis (2000), *El caballero del Cid*, Barcelona, Planeta.
- PEÑA PÉREZ, F. Javier (2005), «El cid, un personaje transfronterizo», en *Studia historica. Historia medieval*, nº 23, págs. 207-217.
- PULGARÍN, Amalia (1995), *Metaficción historiográfica: la novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*, Madrid, Fundamentos.
- SANZ VILLANUEVA, Santos (2006): «Novela histórica española (1975-2000): catálogo comentado», en *Reflexiones sobre la novela histórica*, José Jurado Morales (ed.), Cádiz, Universidad de Cádiz, págs. 219-262.
- WHITE, Hayden (2003), *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.

